

en su forma, pero muy pintoresca por lo mismo, hermosea por la noble, severa y elegante fachada del *Palazzo Vecchio*, capitolio de Florencia, por los grandiosos arcos de la *Loggia de 'Lanzi*, donde se reunia el pueblo á conferenciar sobre la cosa pública, y por el célebre Palacio *Ugoccioni*, que unos creen ser obra de Rafael y otros del renombrado *Palladio*.

Al pie de estos edificios veis primeramente el famosísimo *David* de Miguel Angel, estatua colosal que representa al Profeta-Rey en los primeros años de su juventud, cuando no era mas que un sencillo pastor, pero ya arrogante mancebo. En mi entender, Miguel Angel ha querido retratar al hijo de Jessé en el momento que vuelve á su casa despues de haber matado al Gigante Goliat. Su actitud es modesta y natural, digna y sublime al propio tiempo. Hállase desnudo, con la terrible onda ceñida á la *bandolera*, y la poderosa diestra caída. En su serena frente se adivinan ya las inspiraciones del artista, la magestad del monarca y las visiones del Profeta. La figura toda es un modelo de belleza humana. Por cualquier lado que se la contemple, ya al entrar en la plaza por la *Galería degli Uffizi*, ya al salir del *Palazzo Vecchio*, ora desde la *Loggia*, ora viniendo de la catedral, ¡qué sereno continente, qué esbeltez, qué pureza de líneas!—Muchos dicen que esta estatua, ejecutada por *Buonarotti* á la edad de 29 años, es la mejor obra de la escultura antigua y moderna.—Mañana, cuando vea la decantada *Venus de Médicis*, emitiré mi pobre voto.

Cerca del *David* hay un grupo colosal de *Bandinelli*, que representa á *Hércules matando á Caco*.—Aquella composicion seria notabilísima en otra ciudad; pero en este sétimo cielo del arte apenas llama la atencion.

En la *Loggia* compite honrosamente con la obra maestra de Miguel Angel el *Perseo* de Benvenuto Cellini, airosa y noble estatua de bronce, cuya fama es universal.

No lejos se ve una tercera maravilla, el *Robo de la Sabina* por Juan de Bolognia, admirable grupo de tres figuras escalonadas una sobre otra, en que el arte ha apurado todos sus recursos para hacer armoniosa y bella una escena tan erizada de dificultades.—El audaz raptor tiene sujeto bajo sus pies al esposo ó al amante de la beldad que ha cogido en sus brazos. El sabino rabia y se retuerce contra el suelo, mirando con desesperacion á su amada. El romano contempla con voluptuosa codicia aquel mórvido seno que casi le roza la cara. La Sabina, cogida por las caderas, y pugnando por escaparse, se halla tendida boca arriba, sobre el pecho del soldado de Rómulo, toda desnuda, tan hermosa como Dios la hizo, con los brazos levantados al cielo, cual si le pidiese auxilio, angustiada, bellísima, incitante, digno objeto de tan bárbara contienda. Todo este grupo, de tamaño mayor que el natural, está labrado en un solo trozo de mármol de Carrara.

Para concluir, á la puerta del *Palacio Ducal* hay dos estatuas del *Dios Término*: al Norte del mismo palacio, una magnífica *fuelle de Neptuno*, que me recordó la del Prado de Madrid, bastante inferior á la florentina;—más al Norte, una hermosa estatua ecuestre de Cosme I de Médicis, obra de Juan de Bolognia,

—y dentro de la *Loggia*, siete estatuas antiguas, de las cuales, seis representan otras tantas *Galas prisioneras*, y la sétima, *Un soldado que sostiene el cuerpo de Ajax moribundo*.—En el arco de la misma *Loggia* que mira al *Patio degli Uffizi*, se encuentra el famoso y no muy bello grupo vaciado en bronce, *Judit y Holofernes*, obra del inmortal *Donatello*, de quien ya vi en Venecia unos bellísimos bajo-relieves.

El *Patio degli Uffizi*, que acabamos de nombrar, contiguo á la Plaza del Gran Duque, puede considerarse como una parte de esta, ó como una continuacion de la *Loggia de 'Lanzi*. A este patio, que no es sino una calle ó pasaje, á cuyos dos lados corren unos grandiosos pórticos, dan las ventanas del *Palazzo degli Uffizi*, célebre en todo el mundo por los tesoros artísticos que encierra.—Abajo, delante de los arcos de los pórticos, hay 28 estatuas que representan á los toscanos ilustres: Dante, Petrarca, Alfieri, Maquiavelo, Galileo, Savoranarola, Giotto, Orcagna, Lorenzo el Magnífico, Donatello, Leonardo da Vinci, Miguel Angel, Bocaccio, Americo Vespucio, Guido Aretino, Benvenuto Cellini, Nicolás de Pisa y otros que no recuerdo.—Todas estas estatuas han sido costeadas con los productos que los grandes duques de Toscana han sacado del juego de la lotería desde 1835.

Dejando para mañana ú otro dia el visitar el Palacio degli Uffizi, en que, segun mis cálculos, hemos de pasar muchas horas solo para conocer las principales maravillas que guarda, nos fuimos en busca de la plaza de la catedral, otro de los grandes centros de Florencia, separada de la del *Granduca* (Gran Duque) por una sola calle, ancha, recta y hermosa, que toma sucesivamente tres nombres, y en la cual vimos al paso una de las mas notables iglesias de Florencia, llamada *Or S. Michele*, de que ya hablaremos.

En la *Plaza del Duomo* de Florencia, lo mismo que en la de Pisa, se ven agrupados tres diferentes edificios, á cual mas bello, que constituyen una sola obra:—la *Catedral*, el *Campanile* y el *Bautisterio*.

Solo falta el *Campo-Santo*; pero en cambio se ven otras notables construcciones, dependencias y fundaciones de la catedral ó albergue de los canónigos, adornadas por dentro y por fuera con preciosas obras de arte.

Al mediodía del templo hay una piedra, *il Sasso di Dante*, en la cual, segun la tradicion, se sentaba todas las tardes el poeta á descansar de sus fatigas.— ¡Hace 560 años!

La *Catedral (Santa María del Fiore)*,—Santa María de la Flor,—así llamada del nombre de la ciudad, ó de sus armas, que consisten en un lirio rojo sobre campo blanco, es una de las mas célebres de la cristiandad; imponente como fábrica, grandiosa como pensamiento, respetable como historia y por los monumentos que encierra; pero ni su fachada está concluida, ni el resto del exterior luce sus grandiosas proporciones á causa de los mármoles de colores que lo revisten.

El interior es sumamente pobre, ó por mejor decir, aparece muy desnudo y desmantelado, no bastando á su ornamentacion las obras de arte que allí se admiran.

Entre las cosas que mas me han sorprendido en aquel espacioso templo, citaré un meridiano trazado en el suelo por *Toscanelli*, el maestro de Cristóbal Colon; los vidrios de colores de las altas ventanas; un grupo de escultura, llamado la *Pietá*, obra de Miguel Angel, quien lo destinaba á su sepulcro, y una pintura en madera, único adorno de una vasta pared, que representa al *Dante*, vestido de encarnado, coronado de laurel, con la Divina Comedia en la mano, y mirando á sus pies una vista panorámica de Florencia.

Este precioso cuadro fue ejecutado por *Andrea Orcagna*, el inspirado pintor que tanto hemos admirado en el *Campo-Santo* de Pisa, constructor además de la Loggia de la Plaza del Gran Duque y escultor tambien muy famoso.

Orcagna, que murió en el segundo tercio del siglo XIV, pudo muy bien conocer á Dante, muerto en 1321.

Como quiera que sea, siempre resultará que la república de Florencia, que tanto persiguió y afligió á Dante, le albergó pocos años despues bajo las bóvedas de esta insigne iglesia, presentándole reverentemente á la veneracion de los florentinos.

Pero la gran maravilla de la catedral es la famosa *Cúpula de Brunelleschi*, rival de la de San Pedro de Roma.

Brunelleschi fue el primero que se atrevió á levantar en los aires una obra de esta naturaleza, contra el dictámen de todos los arquitectos de su siglo, que le tomaron por loco cuando le oyeron esponer su proyecto.

Baste decirlo, para que comprendais cuán difícil se creia entonces edificar una cúpula de tan gigantescas dimensiones, que artistas muy renombrados propusieron que se empezase por llenar de tierra el centro de la iglesia, hasta que la cúspide de una montaña artificial saliese por la abertura que se trataba de cubrir; por cuyo medio nada hubiera sido mas sencillo que construir una bóveda sobre aquella especie de molde.

Este ridículo pensamiento tuvo sin embargo su lado ingenioso, que consistió en proponer que al formar el susodicho monte, se mezclasen monedas con la tierra, á fin de que el pueblo en masa se diese luego prisa á desocupar el templo... Asi y todo fue desechado.

Brunelleschi obtuvo al fin el permiso para ensayar su idea, tan sencilla y tan barata (pues ni requeria grandes andamios, ni armaduras de hierro, ni arbotantes, ni ninguna de las pueriles precauciones tomadas hasta entonces por la ignorancia para acometer obras de este género), y levantó aquella portentosa máquina, aquel templo aéreo, cuyo diámetro pasa de 150 pies, y cuyo vértice dista 300 pies del pavimento de la iglesia.

Algunos dicen que la cúpula de *Brunelleschi* tiene mas mérito que la de Miguel Angel, que hemos citado, construida un siglo despues...

(Véase ya desde luego, que tiene el de la prioridad.)

Pero este mérito, añaden, no consiste en la belleza, sino en el atrevimiento de la construccion...

Yo me alegro de que asi sea; pues de este modo conservo íntegra la ilusion

con que espero ansiosamente el dichoso instante en que pueda contemplar la célebre maravilla del Renacimiento, la decantada cúpula de San Pedro de Roma, llamada por Victor Hugo en *Notre Dame de Paris*: «Idea de desesperacion... obra inmensa que merecia ser única; última originalidad de la arquitectura; firma de un artista gigante al pie del colosal registro de piedra que se cerraba...»

El *Campanile*, que se alza al lado del *Duomo*, es, segun ya he indicado, mucho mas bello que el de Pisa, si bien de forma menos estraña.

Giotto, el insigne Giotto, lo dibujó y empezó á construirlo.

Su estilo es gótico italiano, pero tan delicado y gracioso, que nuestro emperador Carlos V decia que aquella obra maravillosa «deberia estar encerrada en un estuche, á fin de que el tiempo no la ajase...»

El *Campanile* tiene 258 pies de alto. Es cuadrado, y consta de cinco cuerpos revestidos de mármoles de colores. El primer cuerpo está adornado de preciosísimos bajo-relieves, y el segundo de estatuas de extraordinario mérito esculpidas por Giotto, Donatello, Luca della Robbia y otros célebres artistas. Los otros cuerpos ostentan elegantes ventanas ojivales.

La idea de Giotto era coronar la torre con una pirámide de sesenta pies; pero *Tadeo Gaddi*, que terminó la obra, no se atrevió á levantarla.

El *Bautisterio* es digno del *Campanile*, pero no tan bello como el de Pisa.

En cambio, sus tres puertas de bronce están reputadas como otros tantos prodigios de arte.

Miguel Angel decia de una de ellas que merecia ser la puerta del Paraíso.

Débanse á *Andrés Pisano* y á *Lorenzo Ghiberti*, y su mérito consiste en los primorosos bajo-relieves que las adornan, y que representan asuntos tomados de la Biblia.

La puerta que mira á la fachada de la catedral, obra de Ghiberti, es la mas celebrada y la que tanta admiracion causaba á Miguel Angel.

El mismo Rafael se complacia en decir que mas de una vez habia tratado de imitar las purísimas formas de algunas de las figuras de aquellos bajo-relieves.

Ghiberti empleó veinte años en hacer las dos puertas que llevan su nombre, siendo de advertir que solo tenia veinte y tres de edad cuando obtuvo el encargo de ejecutarlas, venciendo á los primeros artistas de su época, entre otros á Brunelleschi, en el concurso que se celebró al efecto.

Fatigados ya de tanto ver y admirar,—y eso que no habíamos hecho mas que visitar dos plazas y una iglesia,—tomamos un cabriolé y le dijimos al cochero que nos pasease por la ciudad, sin otro norte que su capricho, resueltos por nuestra parte á no detenernos ante cosa alguna, por mucho que nos maravillara.—De otra manera nos hubiera sido imposible formar esta tarde una ligera idea de toda la capital, segun nos habíamos propuesto al salir del hotel.

Corrimos, pues, de calle en calle y de plaza en plaza, viendo á cada paso severos palacios de construccion etrusca, esto es, ciclopea, basada en grandes monolitos, y de una arquitectura peculiar de la antigua Florencia, que consiste

en dejar lisos los amplios muros, sin mas adorno que una gran cornisa y algunas pequeñas ventanas de gracioso corte, altas y estrechas, partidas por una columna que forma dos arcos, tan semejantes á los de las ojivas góticas como á los de los agimeces árabes.

Estos palacios tienen un aspecto, á la vez elegante y sombrío, guerrero y voluptuoso, que recuerda á los aristócratas florentinos, tan ilustres en las letras y en las artes como terribles en la plaza pública ó en los campos de batalla.

El cochero nos iba diciendo entre tanto el nombre de algunos de aquellos edificios...—nombres que levantaban un mundo de recuerdos en mi imaginación.

—Este es el palacio *Stiozzi Ridolfi*, donde habitó *Blanca Capello*, —esclamaba.—Este es el *Palacio de los Médicis*, su primera casa, en donde vivían como simples banqueros, antes de ser llamados al gobierno de la ciudad y del mundo.—Este es el *Palacio Strozzi*, tipo y modelo de los palacios florentinos.—Esta es la *Casa Buonarroti* (la casa de Miguel Angel), donde vive todavía un descendiente de su familia y se ven dibujos, instrumentos y muebles que pertenecieron al grande artista, así como su correspondencia!!—Esta es la *Casa de Alfieri*.—Esta es la *Casa de Dante*.—Aquí vivió *Galileo*.—Aquí *Maquiavello*!...

Y mientras el cochero hablaba de este modo, íbamos encontrando estatuas y mas estatuas (pasan de 200 las que decoran las calles y plazas de la capital), fuentes y mas fuentes, grandiosos templos, magníficos arcos, millares de obras artísticas.

Y huyendo de tanta grandeza, abrumados por tantas emociones, salimos al campo, y en el campo encontramos centenares de lujosos carruajes, ocupados por lores ingleses, opulentos americanos y príncipes de toda Europa; *villas* regias; bellísimos jardines; la grandiosa mole del *Palacio Pitti*, vista á lo lejos; la remota perspectiva de cúpulas y torres, debajo de las cuales sabíamos ya que nos esperaban nuevos prodigios de arte que admirar...—¡Siempre Florencia! ¡Florencia por todas partes; cada vez mas bella y mas rica, mas elegante y seductora!

Al espirar el día, estábamos en el *Monte alle Croci*, elevada colina que domina toda la ciudad.

Desde allí conseguimos al cabo abarcar de una ojeada tantas maravillas; deslindarlas; sentirlas en conjunto...

¡Florencia!... murmuraba yo todavía, como queriendo evocar en mi corazón nuevos deseos cifrados en este mágico nombre, nuevas ilusiones compendiadas en él...

Lentamente fue apagándose en el cielo el resplandor del crepúsculo, mientras que del perezoso Arno iba levantándose una niebla blanquecina que empezó á ocultarnos la ciudad.

Entonces brillaron algunas luces en los balcones de los palacios, y luego en las calles y plazas...

Había anochecido.—Ya era un recuerdo mi primer día en la patria de Ali-

ghieri.—Aquellas luces que brillaban en las tinieblas, me parecían antorchas funerales que circuían el túmulo de mis ilusiones infantiles.

En esto sonaron todas las campanas de la estensa ciudad, unas despues de otras, pero confundiéndose al fin en una sola plegaria...

Era la Oración.

¡Cuán lejos de la patria nos sorprendía la noche!

El melancólico acento de las campanas decía claramente en su idioma universal: *Ave-María*.

No éramos, pues, tan extranjeros en la culta, en la sensual, en la pagana Florencia...

Cuando bajamos del *Monte alle Croci*, duraba aun en el remoto Occidente un cárdeno reflejo del pasado día.

V.

La vida en Florencia.—Costumbres.—Paseos.—Las floristas.—Teatros.—El *Perro de Florencia*.—*Pitti* y *Uffizi*.—La *Virgen de la Silla*.—La *Venus de Médicis*.—Iglesias.—Monumentos.—Salimos para Roma.

Florencia 19 de diciembre.

Dentro de algunas horas saldremos de Florencia, donde he pasado siete días inolvidables.

La hermosura de la ciudad, la amenidad de los campos, la transparencia del cielo, la cultura y suavidad de las costumbres, los millares de obras maestras de arte que he admirado en iglesias, palacios y museos; la belleza de las florentinas; lo apacible de la estación; todo ha contribuido á encantar mi breve permanencia en la capital de la Toscana.

Sin la proximidad de la *Noche-Buena*, que me obliga á salir para Roma, por las razones que diré mas adelante, permanecería á las orillas del Arno mientras durasen estos hermosos días de diciembre, ricos de sol y de alegría, que solo tienen su igual en España.

¡Oh, qué mañanas tan esplendorosas, tan risueñas, tan bonancibles!—Las aves, que creen llegada la primavera, abandonan sus nidos y vuelan anunciando sus amores. Los árboles conservan todavía las hojas del año que termina, y yo las confundo á veces con las de un año nuevo. Vistasas flores adornan los campos, las esquinas de las calles, los balcones de las casas, las trenzas de las florentinas, el pecho de sus amadores y sobre todo los grandes azafates de las floristas callejeras. Las damas principales pasean en coche abierto. Los ingleses fuman en los balcones de los hoteles, contemplando estasiados el océano de luz que inunda el horizonte, y no echando de menos seguramente las tristes nieblas de Londres. Al canto de los pájaros de que hablaba hace poco, se unen las voces de los innumerables organillos que recorren la ciudad, y también los ecos de mil